

las religiones aceptadas por los pueblos cultos. El materialista y el ateo, que admiten la eternidad del Universo y niegan la existencia del Espíritu creador, no por eso se apartan de aquel dogma moral, y comulgan con el cristiano, con el musulmán, con el judío y con el panteísta en el culto del bien; el culto universal y eterno de los pensadores de todos los países y de todos los tiempos.

*La buena obra:* hé aquí la finalidad inmediata de la vida humana. Cada uno de nosotros, en su doble misión individual y colectiva, puede ser un instrumento del bien ó un instrumento del mal. El bien y el mal irradian de nosotros, de nuestros pensamientos y de nuestras acciones, propagándose en ondas que llevan á larga distancia, en el espacio y en el tiempo, la influencia del hecho mismo y la influencia del ejemplo. En cada uno de nosotros viven todavía, transmitidos de generación en generación, las virtudes y los vicios de los antiguos pueblos, y nuestros vicios y nuestras virtudes vivirán en las generaciones futuras, herederas naturales de nuestra conducta. Del mismo modo, la sociedad que nos rodea nos contagia sus ideas y sus costumbres, como nosotros le transmitimos, con nuestros actos y con nuestro ejemplo, una buena parte de nuestro propio sér.

El ejercicio contínuo del bien no es trabajo fácil; son precisas para él cualidades de que jamás estamos provistos por completo, ni podemos estarlo por igual en todas las circunstancias de la vida. A fortificarlas, antes que á otra cosa, debe tender la educación. Tres de esas cualidades son precisamente necesarias: mucha conciencia, mucha voluntad y mucho valor cívico.

Hay en sociedad hombres que se creen con derecho á gozar de la vida sin respeto ni miramiento alguno, como los hay cuya ocupación es acaparar riquezas sin producirlas ni mejorarlas, agiotistas que aprovechan el pánico, el descuido ó la miseria ajena para pasar á su bolsillo el fruto del trabajo que otros efectuaron. Algunas veces llegan los tales á ser caritativos, como el señor D. Juan de Robres. No hay que confundir á esos hombres con los grandes productores de riqueza; la misión de éstos es noble y sagrada, mientras la de aquéllos es ruin y pernicioso. El inventor que se enriquece con el producto de su ingenio, el comerciante que atiende al transporte, al almacenamiento, á la distribución y al pago de la riqueza producida, el patrono que con su directa influencia reúne los esfuerzos de gran número de operarios para abaratar la producción ó facilitar el empleo de las últimas creaciones de la Mecánica, hállese lejos de aquellos otros que maquinan en beneficio propio el encarecimiento de los artículos en cuya elaboración jamás intervinieron, que fomentan asonadas y motines para lucrar con el desorden, ó que con malas artes consiguen la preterición del más digno para los cargos públicos ó privados. Los